

OBSERVADOS POR LOS VECINOS

El señor Rui era un humilde aguatero de Brasil. También era un fiel miembro de la Iglesia Adventista. Cuando este hombre empezó a guardar el sábado, hasta tenía que pedir prestado el cántaro en el cual llevaba el agua para repartir.

Pero el señor Rui era muy puntual y cumplidor en su reparto del agua. Y era alegre y amable con todos. También era fiel en pagar su diezmo. Así que el Señor lo bendijo desde el comienzo de su trabajo. Su negocio fue progresando. Pronto un cántaro no fue suficiente para llevar toda el agua que necesitaba repartir.

El señor Rui empezó a apartar unas pocas monedas que colocaba en una pequeña alcancía puesta en el estante de la cocina. Día tras día, y semana tras semana iba añadiendo monedas a sus ahorros. No pasó mucho tiempo hasta que la alcancía estuvo llena.

Un día el señor Rui le dijo a su esposa: “Voy a comprar un asno para facilitar mi trabajo”. La esposa preguntó: “¿Tenemos dinero suficiente?”

“Sí, tenemos suficiente dinero para comprarlo”, contestó él.

Después de comprar el asno, el aguatero empezó a ahorrar monedas de nuevo. Una vez más la alcancía se llenó. Entonces compró otro asno. El negocio siguió progresando.

Un día, el señor Rui dijo a su hijo mayor: “José, necesito que me ayudes. Tú podrías hacer parte del reparto porque es demasiado para mí solo”.

José estuvo muy contento de ayudar a su padre. No pasó mucho tiempo hasta que se hizo cargo de todo el trabajo. Compró seis asnos más.

Entonces el señor Rui compró un almacén. Algunos de sus hijos trabajaban con él allí. Antes de ponerse el sol cada viernes, colocaba un cartel en la puerta; el cartel decía: “Sábado”. Entonces cerraban el almacén y la familia se preparaba para guardar el día que el Señor había bendecido. No se hacía ningún negocio, ni siquiera se hablaba de ello hasta ponerse el sol el sábado.

La gente no siempre era bondadosa con el señor Rui porque guardaba el sábado. El buen hombre siempre cerraba su negocio ese día.

Una vez llegó un misionero para pasar el fin de semana con el señor Rui y su familia. Observó cómo se preparaban para el sábado.

El viernes de mañana temprano, empezaron a preparar todas las cosas para el santo día de Dios.

La madre dijo: “María, tú y las demás niñas limpien bien la casa. José, tú y tus hermanos lustren los zapatos. Yo trabajaré en la cocina”. De esa manera la señora Rui se apresuró para tener listo todo el trabajo. Siempre preparaba alguna cosa especial para la comida del sábado. Cuando llegó la tarde, la madre llamó a los niños, y les dijo: “Guarden los diarios y las revistas y apresúrense a bañarse antes de la puesta del sol”.

Pronto había quince rostros limpios y brillantes. Entonces la madre, el padre y los niños se reunieron felices alrededor del misionero. Estaban todos preparados para empezar el sábado.

El misionero dijo: “Todavía es temprano, el sol está brillando aun. Pero podríamos cantar algunos himnos mientras esperamos”.

El señor Rui miró al sol. Sacó su reloj, miró la hora y dijo: “No pastor, es demasiado temprano, todavía debemos esperar diez minutos”.

“¿Qué quiere decir Ud.?” preguntó el misionero.

El señor Rui dijo: “Nosotros siempre cantamos a la hora exacta cada semana. Nuestros vecinos ponen sus relojes a la hora cuando nos oyen cantar porque saben que es la puesta del sol”.

¡Qué maravilloso ejemplo la vida de esta familia ante sus vecinos!